

INTERMEDIO ORTOGRAFICO. / "La Nación", Buenos Aires
(República Argentina), 29 diciembre 1912/



INTERMEDIO ORTOGRAFICO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1912.

O. C.
Tomó VI

Esta correspondencia es un vago y no sé si ameno desahogo, que en nada atañe al corrector de pruebas de la imprenta de este diario «La Nación»; ya que él cumple con su deber. Pues su deber es corregir las pruebas todas que se le presenten de cualesquiera escritos que en estas columnas hayan de aparecer y corregirlos conforme a la pauta general ortográfica que ha dado la Real Academia Española de la lengua, y a que se someten la casi totalidad de los escritores. Menos yo, por supuesto.

¡Yo no! Yo no acepto las pedanterías ortográficas, pedanterías retrógradas, de la Real Academia de la lengua, y ortografía a mi manera procurando acercarme a la lengua hablada. No adopto la ortografía fonetista que algunos en Chile emplean por razones que he de dar, pero así como no soy en esto, como tampoco en otras cosas quiero serlo, radical revolucionario, menos soy retrógrado. Quiero decir que ni modifico en absoluto la fisonomía corriente escrita de un vocablo, ni restablezco signos que desaparecieron porque debieron desaparecer.

Conste, pues, que cuando en estas columnas aparezca algo «oscuro» por «oscuro», alguna «substancia» por «sustancia», algún «transmitir» por «trasmitir», «septiembre» por «setiembre» y cosas así, es que el corrector de pruebas, cumpliendo con su deber oficial, lo ha corregido. A mí nadie me hace escribir sonidos que no pronuncio y no soy tan pedante como para decir «septiembre» ya que no digo «siete» o «subscriber» ya que no digo «escriptor»; pues la misma razón hay para esto que para aquello.

«¿Por qué no le pone usted una hache a armonía (harmonía)?» me preguntó un amigo, y le contesté: «Porque supongo que yo, profesor de griego, que no le planto semejante hache inútil a la armonía he de saber por qué se la ponen los que se la ponen sin saber por qué». Y en punto a haches, hay una regla que no marra y es esta: ¡en la duda, abstente! En caso de duda escribir como se pronuncia y como no se pronuncia la hache, no escribirla.

Una vez al corregir unas primeras pruebas de un escrito mío taché de la prueba uno de esos signos que no representan sonido alguno vivo, una b de «substancia» o de «oscuro», una s de «inconscientes», una g y s de «incognoscible» u otra pedantería así. Y al enviarme segundas pruebas el regente de la imprenta debajo de mí corrección escribió esta advertencia: ¡ojo! A lo que yo tomando la pluma taché el ¡ojo! y escribí en grandes letras. ¡ojo!

Mas he observado que en caso de duda son muchos los que se van tras de lo que no suena, sin duda para demostrar que



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



saben lo que se traen entre manos. Muchas veces he visto escrito «expiendor», «excéptico», «expontáneo» con equis, cuando debe ser con s por provenir de «spilendor», «spontaneus», «scepticus» y sobre todo porque semejante equis no se pro-

duca. Pero es lo que se dirá el que comete tal deslizo ortográfico: si no lo escribo de distinta manera de como lo digo, ¿en qué se me va a conocer que sé más que esos desgraciados que tienen mala ortografía?

Nunca le di una gran importancia a la ortografía como les ocurre a no pocos pedantes y cuantos tienen alma de démine que juzga de la mayor o menor cultura de uno por meras exterioridades litúrgicas, y creo que pueda haber un gran escritor que vacile en la ortografía, pero en un hombre de carrera literaria, que haya tenido que leer algo, el cometer ciertas faltas de ortografía arguye poca atención. El que un hombre que ha debido de ver cientos y miles de veces escrita la palabra «hecho», pongo por caso, la escriba sin hache, confundándose acaso con el verbo echar, o le ponga hache a éste, arguye una poca lijeza de atención que es signo de espíritu distraído o voluble. Mas fuera de esto tiene ello en sí muy poca importancia.

En realidad no habría más que un sistema racional de ortografía, y es el fonetista, aquel en que a cada signo corresponde un solo sonido y a cada sonido un solo y mismo signo. Pero este sistema que han tratado de introducir algunos tropieza con muy graves inconvenientes.

En primer lugar hay muchos más sonidos y matices de sonidos de los que a primera reflexión creemos. Así la s de «desde» o la de «mismo», una s sonora, no suena lo mismo que la s de «esto» o de «campa» que es s sorda, ni la m que escribimos en «campo» suena como la m de «amo», ni la b de «caballo» es la misma b de «bueno» y de «también». Aparte lo cual como la pronunciación de ciertos sonidos varía de una región a otra, si escribiéramos fonéticamente y cada cual según habla en Andalucía escribirían «zeñío» lo que en Castilla «señor», y no estaría del todo mal aquel rótulo que aparecía en una barraca de un pueblo de esa región, en que decía así:

K PAN K LA

Y al preguntar un curioso qué es lo que aquello quería (que... que... que... que... criticará un pedante acústico) decir le respondió el dueño de la barraca: «po'bien claro está: ca pa'ncalá!» Ni así así logró entenderlo el curioso, hasta que logró darse cuenta de que aquella «ca pa'ncalá» era cal para encalar.

Más de una vez he visto en poesías americanas hacer consonantes palabras que entre nosotros se diferencian por llevar una c y otra s—como si aconsejábamos plaza y casa—o ll y y, y es, sin duda, porque allí como en buena parte de España no se distingue entre la s y la z o entre la ll y la y pronunciándose «pollo» lo mismo que «poyo».

El mayor obstáculo a la admisión de la ortografía fonetista en la lengua inglesa, que es la lengua de más difícil y enrevesada ortografía y donde aparece





Esta más arbitraria, es que el inglés aunque todos lo escriban lo mismo no todos lo pronuncian igual y si se llegara a que cada cual lo escribiese como lo pronuncia acabaría por escindirse en varios dialectos. La unidad de la lengua inglesa es sobre todo una unidad escrita y es esta unidad lo que más impide que se escinda en varias lenguas. La lengua escrita, por su mayor fijeza, porque ata y sujeta a formas uniformes y permanentes la palabra multiforme y variable, es un lazo de unión a través del tiempo y del espacio. Si nuestra castellana no se escribiese habría cambiado del siglo XVI acá mucho más que lo ha hecho y propendería a diversificarse en dialectos. A la escritura debemos la relativa mayor permanencia.

Lo que no impide, claro está, que la lengua evolucione y se modifique. El castellano del siglo XV distinguía una ese, escrita simple: s, sonora, y una ese, escrita doble: ss, sorda, una es y una z, y otras diferencias que se han borrado hoy. Y es una torpeza querer conservar el rastro escrito de esos sonidos, muertos cuando ese rastro desapareció. Pues que todos decimos y escribimos «suscriptor» y no «subscriber», ¿a qué conduce restaurar estos dos signos, b y p, muertos como en la pronunciación en la escritura? ¿Qué en latín se escribe así?... ¡Vaya una razón! Si hemos de escribir y decir «septiembre» — ¡yo nunca! — porque en latín se escribía y decía «september» digamos y escribamos «slepte» y no sieta, pues que en latín se decía y escribía «septem».

Algunos pedantes—éstos nunca faltan—han propuesto la vuelta a la ortografía etimológica y que escribamos «philosophia», «mythologia», «physica», etc., y hay algunos escritores que al escribir nombres propios griegos y latinos, como lo hacen del francés, los escriben a la francesa, etimológicamente, y no a la española, poniendo «Thucydides», «Ganymedes», «Anadyomene», «Thalcs», etc., y cosas así, con th, y ph y otras garambainas que rechaza nuestro idioma. Y no ha faltado quien, para justificar semejante pedantería, haya salido con aquello de que así se podrá rastrear mejor la etimología de la palabra. ¡Valiente ocurrencia! Para el que sabe griego no es menester que le escriban «phthisis» en vez de tisis para saber de dónde deriva este vocablo, y para el que no lo sabe basta que se lo expliquen, si es que no le tiene sin cuidado, como así debe ser, de dónde venga la palabra, con tal de saber lo que hoy significa. Pues en la inmensa mayoría de los casos eso de saber la etimología de una palabra no pasa de una curiosidad ociosa y sin ulterior alcance, dado que las palabras han venido cambiando, no ya de forma, sino hasta de significado.

Esta pedantería etimologisista ha llevado a las veces a curiosas aberraciones, como sucedió en un tiempo en Francia, cuya lengua tiene una ortografía bastante averiada, en que, fundándose en que «fait», hecho, deriva del latín «factum», le metieron la c del latín, escribiendo así «faiect», sin tener en cuenta que la i de «fait» es el representante de la c de «factum». Algo así como si en castella-





no, porque la voz «peine» deriva del latín «pectinem», le pusieramos una c, «peíne», pretendiendo acaso luego que se pronunciase esa c, sin atender a que la i de «peine» proviene de la e del latín «pectinem».

Y digo esto de que se pretendiese hacer pronunciar esa c, porque de haber restablecido la b de «obscuro» y de «substancia» y otros signos así muertos, puede seguirse que haya alguno tan dócil que llegue a pronunciarlas, lo cual es ya el colmo de la ridiculez. Y nada tendría de extraño. La v, derivada de v latina, no ha sonado nunca en castellano de otro modo que la b, o, mejor dicho, nunca ha tenido el castellano la v labio-dental sonora del francés, el catalán, el valenciano, etc., y sólo por pedantería ha ordenado la Real Academia, contra la historia y la índole de nuestra lengua, que las dos uvés de «vivir», v. gr., se pronuncien de otro modo que las dos bes de «beber». Y yo no puedo soportar a los actores que dicen «vive», pronuciándolo como las uvés francesas. Habría que oír que aquí, en Castilla, lanzase uno un «viva el rey!» ¡así!

Que la Real Academia no sea revolucionaria y no decrete la ortografía fonetista está bien, pero está muy mal que sea retrógrada y no conservadora, pues retrogradar y no conservar es mandarnos ponerle a oscuro una b que perdió en la pronunciación y en la escritura. Y es que rara vez se le ha ocurrido a esa tan ridícula como inútil institución ordenar algo puesto en razón. Y de lo poco ha sido su último decreto de que se les quite el acento a la preposición a, y a las conjunciones e, i, o, u, pues que de hecho son átonas, o más bien proclíticas, cargando sobre la palabra que les sigue. Esto arguye que la Academia se ha dado al fin cuenta de que hay en castellano palabras átonas, sin acento, que se unen a la que les sigue (o a las que les preceden), dejando aquel desatino de su «Epítome» de que en castellano todos los monosílabos son agudos (!!!). Por fin, se han enterado de que al decir: «con razón o sin ella», acentuamos así: «con razón o-sin-élla», cosa que ignoran los versificadores, españoles y americanos, que se empeñan en rimar la preposición átona «de» con la persona yo del presente indicativo del verbo saber: «sé», y cosas por el estilo, que provienen de hacer versos con los ojos y los dedos, no con el oído.

Claro está que hay pedanterías aceptadas ya y de no fácil remedio. La k de kilómetro, v. gr., es una pedantería de origen francés y de marca mayor, pero no es cosa de desterrarla desde luego. Aunque por mí... Y hay otras pedanterías ortográficas de origen impuro, como la de aquellos de mis paisanos que se empeñan en escribir Basconía y Bizkaya, cuando mantienen las demás uvés del castellano, que no tienen más razón de ser. No hay más razón para escribir Bizkaya que para escribir Obledo o Elgo. Si dicen que la v no es letra vascongada, dré que si se trata del signo ni la v ni la b y sí del sonido, que tampoco en castellano se distinguieron nun-

lc





ca. De modo que o tirar de la cuerda para todos o para nadie. Y lo de la k da Bizkaya es una amenidad pintoresca y pueril y nada más. Ganas de satisfacerse con liturgias. Como tampoco he pasado nunca con esa pedantesca y ridícula equis de México por Méjico, cuando no escribimos ya Guadalajara, Xerez, etc. Son puras ganas de darle a un vocablo un aspecto exótico y poder decir: ¡alto aquí! ¡que esto no se lee como se escribe! ¡esta voz es de origen tal o cual!

En resolución, que aunque en lo general y en la casi totalidad de los vocablos, adopto siempre la ortografía corriente, hay algunas voces en que no transijo con las pedanterías académicas, y en que, por razones técnicas, adopto el modo de escribir que más se acerca a la pronunciación o pongo ante e i jota, en vez de ge, cuando etimológicamente no es ge, como, v. gr., «lijero», «mujer», «hereje», «cojer», etc., ya que lo mejor sería hacer lo que tanto se hace en Chile, y es adoptar siempre la jota ante e i, dejando la ge para los grupos ga, gue, gui, go, gu lo que prepararía la caída de la u de gue, gui y la diferenciación perfecta de ambos signos.

No soy, pues, responsable de las «obscuridades» más o menos «substanciales» que en «septiembre» o en otro mes cualquiera puedan seros «transmitidas», lectores míos, en estas columnas que yo firmo. Ni aun inconscientemente (sin s) se me escapan a mí esas letras inútiles.

MIGUEL DE UNAMUNO

